



Cubierta de
Las Casas de la vida.

FUE EN UN PEQUEÑO Y PINTORESCO PUEBLITO de Inglaterra, cercano al bosque de Sherwood, aquel donde tuvieron lugar las andanzas de Robin Hood, donde nos aconsejaron visitar la casa que fuera, por un tiempo, residencia del poeta insignia del Romanticismo Lord Byron. La casa, que efectivamente ostentaba en su fachada la placa que la reconocía como morada del poeta, estaba sin embargo cerrada; al advertir que alguien, quizá un descendiente del poeta, se movía tras las ventanas, llamamos al timbre. El hombre que abrió la puerta, con cierto aire de cansancio, nos indicó que, efectivamente, allí había habitado Byron durante sus estancias en aquel pacífico pueblo, pero que aquella era su casa, no un museo susceptible de ser visitado por turistas.

Nunca he sido mitómano ni turista exhaustivo, pero en un pueblo remoto de la campiña inglesa poco hay que ver, además, sí es cierto que hay cierta suerte de sobrecogimiento a la hora de visitar los lugares donde los autores, esencialmente los escritores y poetas, urdieron sus enigmas. Se produce tal vez un sentimiento parecido al que un creyente experimenta al visitar una catedral, acompañado por una íntima sensación, por qué no decirlo, de profanación. Vemos el escritorio donde, a buen seguro, exprimió Dickens su tintero en *Tiempos difíciles*, la cama donde estuviera postrado Marcel Proust soñando con muchachas en flor o la correspondencia de Galdós ofrecida a nuestro escrutinio y es inevitable un acceso de ese vértigo abisal del tiempo y

de los que lo logran trascender. Se producirá ciertamente a la vez, con esa invasión de la intimidad del mito, una humanización del mismo, sin duda nuestra mente humanizará sus leyendas en la observación de las cacerolas de la cocina o los artilugios sanitarios del baño de tal o cuál gloria de las letras.

Ya nos advierten Daniel Cid y Teresa-M. Sala que *Las casas de la vida* (Ariel, 2012) es un libro “extraño a la vez que fascinante”. Extrañeza y fascinación, probablemente sean esos los síntomas que advierta el visitante que acuda a esas casas insignes. En este tomo somos invitados a un original y misceláneo periplo por algunas de esas casas situadas en una realidad tangible a la vez que el territorio nebuloso de lo atemporal, bien de la mano de algún visitante, bien de la del propio habitante del lugar.

Nos encontramos así ante una amena y original compilación de textos que indagan, de un modo u otro, en el concepto de la casa como íntimo foco de la creación artística y literaria, la humanización, como ya dijimos, del mito, del genio en ocasiones, mediante “la invasión”, no exenta de impudicia, de su geografía privada; asistimos como “mirones” a la vez que como peregrinos a los escenarios donde se gestaron las obras de esos autores y, de algún modo, atisbamos la influencia inequívoca que, irremediablemente, los lugares insuflan a sus habitantes.

Asistimos así en *Las casas de la vida* al paseo que Johann Peter Eckermann, biógrafo de Goethe, disfruta con el admirado, y desmesurado, maestro por los jardines de su residencia de Weimar, la misma que, estando la ciudad sitiada por las tropas de Napoleón, se le permite abandonar por unas horas para ver de cerca, como un cónsul del Parnaso, a las huestes invencibles del Corso.

Nos lleva este libro para curiosos, a la vez que para mitómanos, a la residencia de John Soane en la voz de Isaac D’Israeli, a la de Emily Dickinson de la mano de Natalia Ginzburg, a la de Marie Curie de la de su hija Ève o dos fragmentos del estremecedor relato de una niña judía llamada Ana cuya casa en Ámsterdam es un lugar situado en

la frágil frontera entre la esperanza y el desasosiego, entre la vida y la muerte.

Podemos, gracias a este libro, tener el privilegio de visitar la casa del pintor Gustave Moreau poco después de ser inaugurada de la mano de un guía excepcional, de un observador legendario como Marcel Proust. También los no menos insignes Emilia Pardo Bazán e Ignacio Zuloaga nos guían por la casa de Santiago Rusiñol en Sitges. Podemos pues no solo ser guiados por esos corredores y estancias, testigos de las cuitas y hallazgos de aquellos hombres y mujeres que dejaron su pátina indeleble en la cartografía de la literatura o del arte, sino serlo, además, por las impresiones y palabras de aquéllos que, a su vez, convierten su visión de dichos escenarios en piezas literarias de indudable importancia.

Textos de Rilke, Kafka y Pessoa (el poeta que habitaba en varios poetas), de los que, se nos advierte, “tienen en común un estado de provisionalidad permanente”. Literatura epistolar que en tantas ocasiones nos revela a los autores en una faceta más directa e íntima, el lenguaje casi perdido de las cartas que es, ahora, expuesto a nuestra curiosidad, a nuestra intromisión, una suerte de conjura contra el tiempo.

Asistimos a la visita que Hilda Doolittle efectúa a la casa de Sigmund Freud en Viena. Tenemos acceso al acta de donación que redactara Gabriele D’Annunzio por la que lega al estado italiano su villa a orillas del río Garda.

Visitamos las casas de arquitectos como Le Corbusier y Frank Lloyd Wright, donde además de santuario del creador el espacio en sí mismo es la creación.

No podía faltar en esta peripecia la visita a alguna de las casas de Pablo Neruda, el poeta coleccionista por excelencia, el poeta de los objetos, de los mascarones de proa, el malacólogo impenitente por las playas del mundo. Isla Negra, el lugar que fue profanado por los asesinos queriendo destruir la memoria del poeta en sus libros y en sus botellas de vino. La casa de Llorenç Villalonga, el que escribiera sobre una casa de muñecas, en Binissalem, en Mallorca,

donde también en cierta casa rebotan todavía los acordes de un genial músico polaco.

La reveladora incursión del poeta Oswaldo Guerra en los versos de Tomás Morales sobre la ciudad vieja, el barrio de Vegueta, donde “La casa nos salva de las inclemencias de la naturaleza, al tiempo que nos pone en contacto directo con el Cielo”.

Amena lectura, por lo ágil y variado de sus propuestas, *Las casas de la vida* es una propuesta que incita a la discusión sobre muchos y decisivos aspectos de la creación, la asistencia a algunos de los espacios físicos, pero también imaginarios, donde se fraguaron buena parte de la Literatura, el pensamiento o el arte de nuestro tiempo.